

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

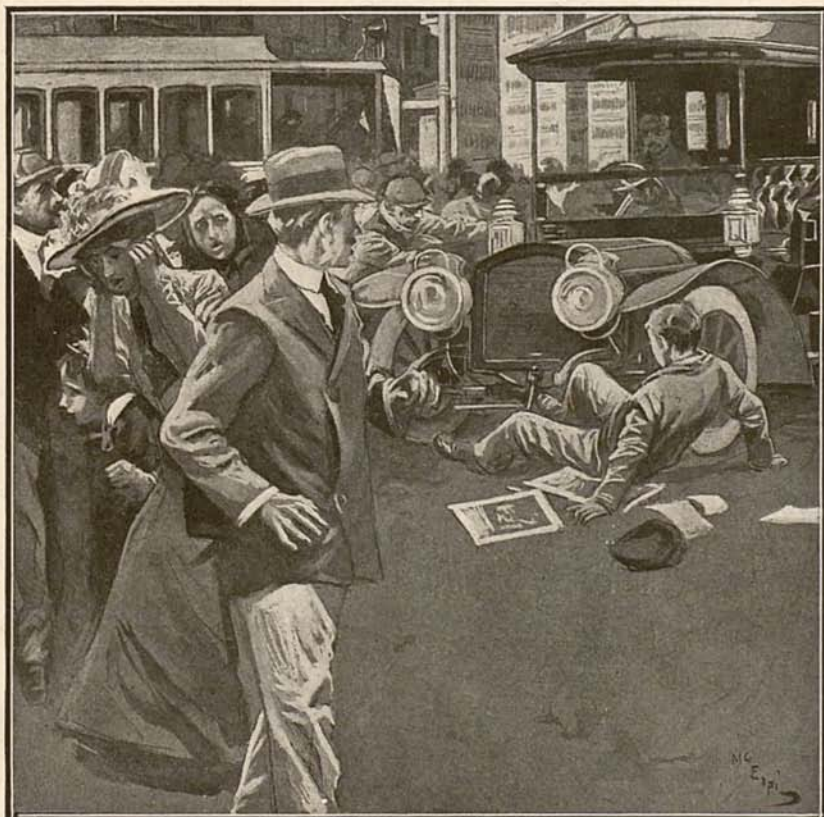


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III

MADRID, 13 DE DICIEMBRE DE 1908

NÚMERO 50



«EL PEREJILITO»

Ocurrió la desgracia por la temeraria imprudencia de la víctima, un golfito de los que venden periódicos en la Puerta del Sol.

Al caer el infeliz en tierra sonó un grito clamoroso y múltiple; los espectadores del desventurado y conmovedor suceso rodearon el automóvil, que fué detenido instantaneamente; quién más, quién menos,

Ayuntamiento de Madrid

todos comentaban el lance con palabras de misericordia para la víctima y de rabiosa indignación contra los señorones que se permiten los lujos de pasear en estos vehiculos, espanto y zozobra de los que ambulaban pedestremente.

Habían levantado del suelo á la víctima, que, con cara empalidecida por el terror, murmuraba:

—No ha *sío na*, no ha *sío na*, señores—é intentaba desasirse de los que le retenían.

Un hilillo de sangre brotaba de la frente cruzando la cara morena y no muy limpia del muchacho.

Del automóvil habíase apeado un niño de ojos azules y blonda cabellera; temblaba azorado, y con voz que reflejaba tierna conmiseración dijo á los que auxiliaban al herido:

—Hagan el favor, señores, de subirle al coche.

—¡Hay que llevarle á la casa de socorro!—dijo uno de los espectadores.

—¿Se ha hecho mucho mal el pobre?—preguntó con ansiedad el niño de los ojos azules.

—No, afortunadamente no ha sido más que un encontronazo—contestó un señorón, médico al parecer, que acababa de examinar al atropellado,—un ligero rasguño en la frente, sin consecuencias.

No sin oponer alguna resistencia, subió el herido por su pie al automóvil.

—¡Manuel, á la casa de socorro!—ordenó el señorito al *chauffeur*, subiendo al coche y cerrando la portezuela.

Al ver que el herido permanecía de pie en una actitud de confusión, le dijo cariñosamente:

—¡Siéntese!

—No, señorito—replicó el granujilla.—¡Quia! *Pus* estoy yo *güeno pa* sentarme aquí con el traje de etiqueta que me traigo.

—No importa, siéntese usted—repitió el niño.

—*Güeno*—dijo el invitado, como quien á su pesar se resigna á cumplir un mandato,—pero se va usted á gastar un dineral en bencina! ¡Que *coste!*

Y se sentó al lado del señorito, que reía francamente la ocurrencia de su interlocutor.

—¿Qué tal se encuentra usted...?

—*Mislé*, señorito, antes de seguir *alante*, un favor: *apéeme usté* el tratamiento, que me azara que un señorito como *usté* me trate como si yo fuera de su igual. *Güeno*, y otro favor, y *usté desimule* si soy

tan pedigüeño, que por algo le llevan á uno casi *toos* los días á San Bernardino. Mande *usté* parar el automóvil.

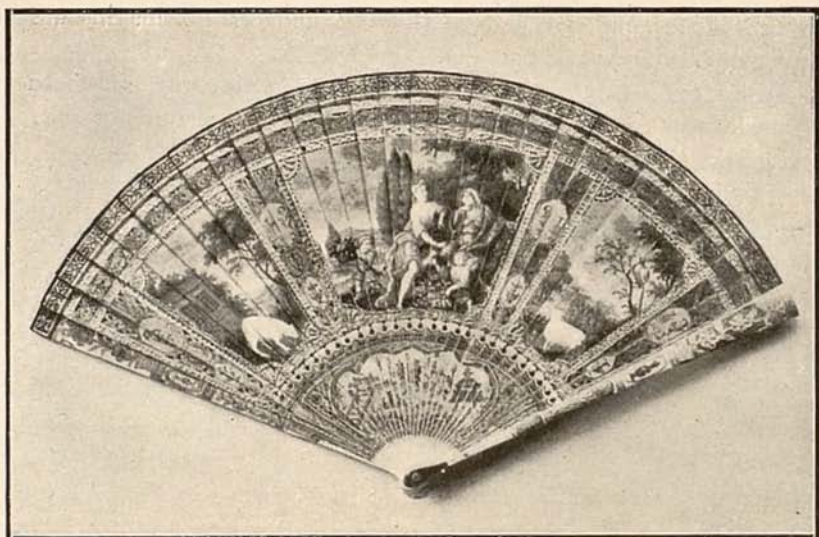
—¿Para qué?—preguntó sorprendido el señorito, que escuchaba á su interlocutor con la complacencia con que se oye al que nos es persona grata.

—¡Toma! ¿*Pa* qué ha de ser...? ¡*Pa* salirme de este chisme!

—No; primero iremos á la casa de socorro á que le curen á usted, que te curen, vamos.

Concluirá.





EL ABANICO

Desde la antigüedad más remota se conoce este artefacto, que se ha empleado siempre, según atestiguan documentos de cuya autenticidad no puede dudarse. Así en muchas pinturas y esculturas egipcias del tiempo de los Faraones se ven abanicos, en forma de ala, hechos con plumas, ó grandes abanicos ó plumeros sujetos al extremo de largos palos. Claro es que desde ese plumero, que más parece signo ó símbolo de autoridad, hasta el abanico que hoy se usa, hay un camino bastante largo que recorrer.

Lo cierto es que en los frescos existentes en los templos pertenecientes á las dinastías xiv á xx de los egipcios, así como también en las esculturas de los palacios de Nínive y Persépolis, se ven esclavos abanicando á los reyes y magnates con abanicos cuadrados, y que en los monumentos de los siglos xviii á xiv, antes de Cristo, se ve el plumero de mango largo, antecesor, como ya va dicho, del abanico actual.

En China, doce siglos antes de la Era cristiana, se usaban ya los abanicos para resguardar del viento y del polvo á los emperadores; los abanicos de plumas de faisán se emplearon entonces, y en el siglo x, antes de Cristo, se inventaron los de armadura de marfil.

Hay una leyenda china que explica el origen del abanico; cuenta que Kan-Si, hija de un mandarín, asistía á una fiesta, llevando, como las demás jóvenes, el rostro cubierto con un antifaz; como el calor fuese sofocante y no pudiese soportarlo por más tiempo, quitóse el antifaz y lo agitó rápidamente delante de su cara, con objeto de que con la velocidad imprimida no se le vieran las facciones, que, por ser de gran corrección y belleza, no debían profanar las miradas de los

hombres. La moda cundió, y ese fué, según los chinos, el origen del abanico.

En Grecia formaba parte del equipo de las mujeres, como se patentiza en monumentos y estatuillas pertenecientes al siglo v, antes de Jesucristo; lo llamaban *prigma* y estaba formado por hojas de bambú ó de palma.

En Roma se transformó en joya de gran valor, pues en vez de estar hecho de la hoja de una planta desecada para darla la necesaria consistencia, se construyó con maderas finas decoradas con brillantes colores y dibujos notables y con oro ó plata. En un vaso dorado del siglo iv, antes de la Era cristiana, aparece una nueva forma de abanico, consistente en una bandera cuya tela era rígida. Los romanos llamaban *flabellum* al abanico.

En la actualidad, cuando el Papa es llevado en la silla gestatoria, van á cada uno de sus lados agitando unos flabelos de pluma.

Los aztecas conocieron también los abanicos, como lo prueba el hecho de que Moctezuma regalase seis de éstos, hechos de plumas de vistosos colores, á Hernán Cortés.

El abanico plegable es relativamente moderno, y parece que donde primero lo emplearon fué en Corea, desde cuyo país se extendió á China en los principios del siglo xv, y de allí lo trajeron los portugueses á Europa.

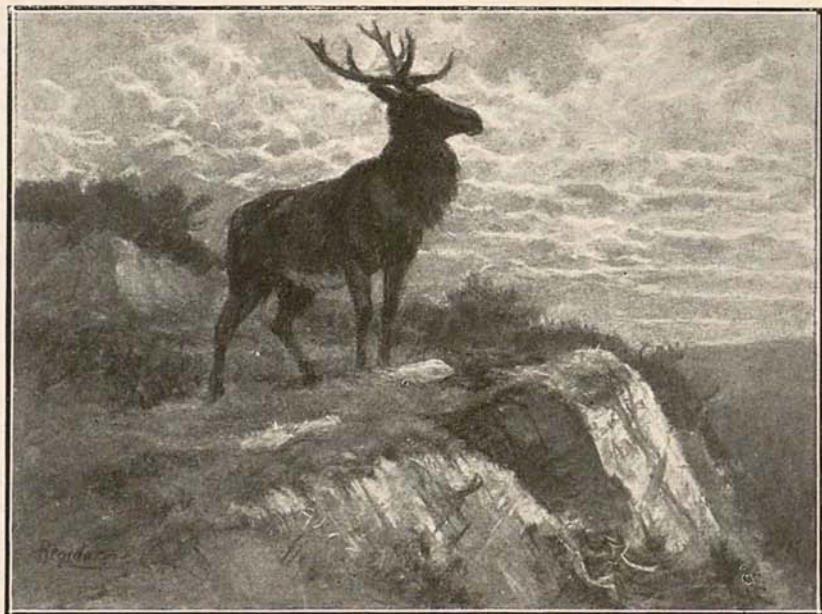
Lo que antes era una hoja de una planta se ha convertido hoy en un objeto de lujo, hecho con substancias preciadas, como lo son el oro, la plata, el marfil, la concha y las maderas finas y olorosas; esto en cuanto al pie del abanico, que por lo que al país del mismo hace referencia, puede ser de seda, gasa, piel ó papel, y se suele decorar con pintura, con lo que se puede convertir en obra de arte.

En la mayor parte de los Museos de Europa se conservan colecciones de abanicos pertenecientes á las distintas épocas de la Historia.

La industria del abanico es principalmente japonesa, y de ese país se surten todos los mercados europeos. Los abanicos japoneses son muy buscados por su solidez y su baratura. También los fabrican en grande escala en las provincias chinas de Canton, Su-Chu, Nankin y Hang-Chu, en donde los venden á peseta la docena. Son de varillas de bambú barnizado y bruñido y paisajes de papel, decorados con flores, pájaros y mariposas generalmente.

La fabricación del abanico constituye una industria nacional, pues en Valencia se hacen por millares, calculándose que tienen ocupación unos 20.000 obreros, la mayor parte de los cuales trabaja en sus casas. Debe decirse que, aunque en muchos sitios se hacen abanicos, no se fabrican completamente más que donde se construyen los varillajes, tal como sucede en Valencia, de donde se exportan al extranjero los lisos, labrados, tallados, de bambú, madera, marfil y hueso, que luego en otros sitios se montan con países adecuados al gusto de cada localidad.

IUAN ANTON.



EL CIERVO

Cuánto le gustaba á D. Nicolás la caza del ciervo...! Para él los mayores placeres de la tierra consistían en oír el vocear de los ojeadores, el bronco ladrar de la jauría y el crujir de la maleza al ser hollada por los perseguidores. Y como quiera que las rentas de su hacienda le permitían una vida holgona que podía emplear en la cabal satisfacción de sus gustos y caprichos, en cuanto llegaba la época de la caza se trasladaba desde la ciudad á un cortijo que poseía, y todas las mañanas, ya estuviera el cielo límpido y claro, ya se velara con tristes nubes, íbase á la cercana sierra acompañado de ojeadores y perros y, sentándose pacientemente en su puesto de espera, aguardaba á que la víctima, acosada por la jauría y espantada por las voces de los hombres, se le colocara delante de la escopeta.

Momentos de sublime emoción eran aquellos. Acaso el sol se asomaba alegre y riente entre los picachos serranos; acaso junto á él susurraba el mezquino arroyuelo, parto de las últimas lluvias; acaso sobre su cabeza cantaban en las bravas encinas algunos pajarillos; pero para D. Nicolás no había sino la caza, la caza del ciervo. En cuanto, roto el silencio reinante, oía las voces de los ojeadores, de los cuales el más atiplado bien podía competir con un becerro, nuestro cazador preparaba la escopeta. Ya ladraban los perros, ya se iba acercando el estrépito. Comprendíanse los esfuerzos de los hombres en echar el ciervo hacia donde esperaba D. Nicolás. De pronto sentía éste el

chascar de los chaparros al romperse, y la hermosa, la gallarda bestia se presentaba frente á él sorbiendo el viento con el delgado hocico, temblándole todo el cuerpo, caída hacia atrás la cabeza con las ramosas astas tendidas sobre el recto lomo. Entonces nuestro héroe se ponía á pensar si le tiraríá de frente ó de perfil, si le heriríá en las espaldillas ó en el pecho, y, aunque estos pensamientos eran muy ligeros, más ligero era el ciervo, que en un santiamén pasaba ante el puesto y desaparecía precisamente cuando la bala, saliendo del humeante cañón, iba á herir el inocente tronco de un árbol.



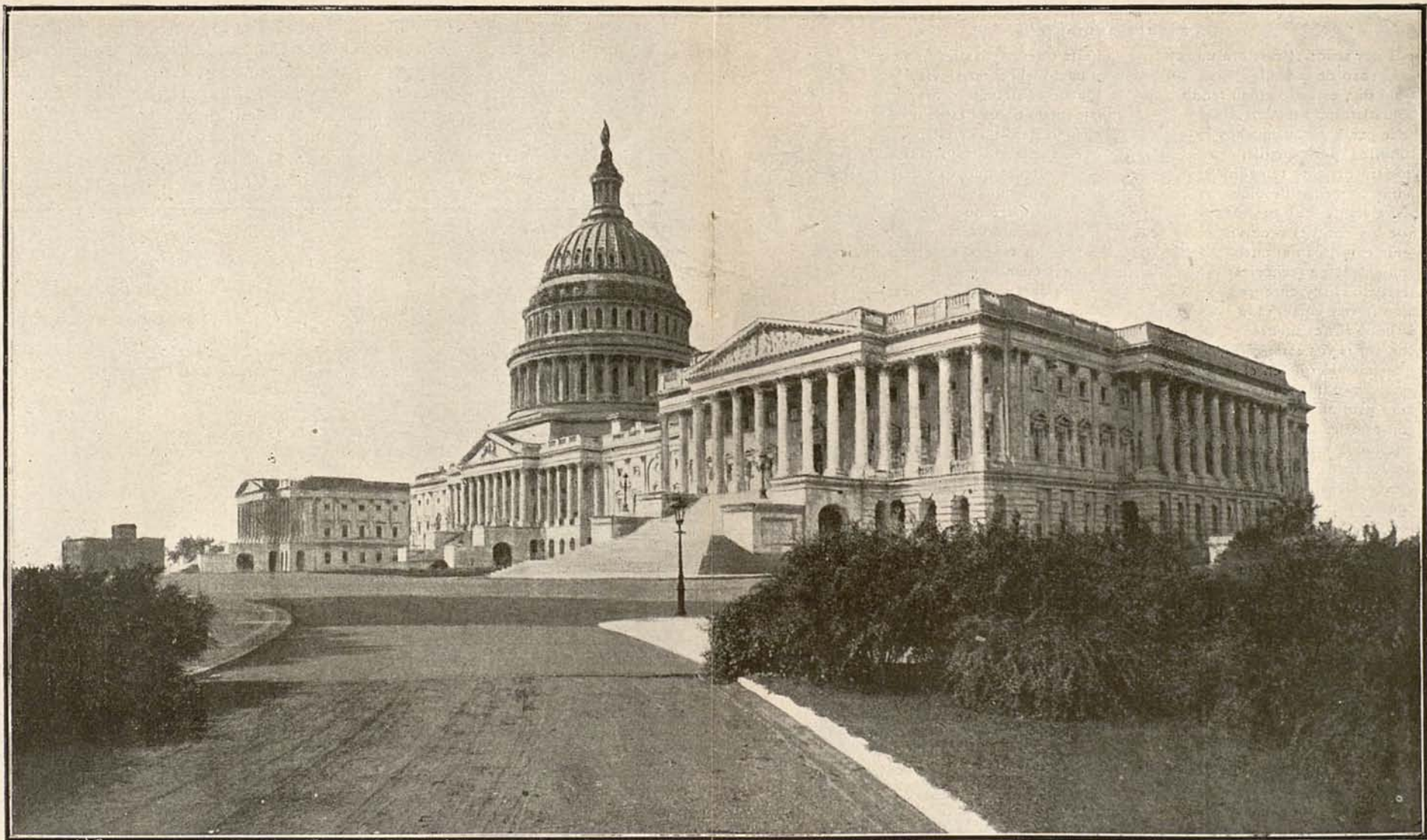
—Don Nicolás—decíale el jefe de los ojeadores,—¡de esta manera jamás matará usted ciervo alguno!

—Pues... ¿de qué modo matarlos...?—contestaba el intrépido cazador.

—Vaya, vaya—continuaba el ojeador.—¿Hay más que según se está en el puesto, aguardar que el ciervo se presente, y en cuanto esté delante de nosotros echarnos la escopeta á la cara y apuntar firme y disparar sereno, sin ponerse á pensar en esos tiquis miquis...? De este modo cobrará usted pieza; si no... todos los preparativos serán inútiles, y los ojeadores y los perros, aunque sean los mejores del mundo, le servirán á usted de nada...

¡Cuántos hay en la vida—como el buen D. Nicolás—que, puestos á caza de felicidad, de fama y de bienandanzas, las dejan escapar cuando las tienen al alcance de la mano, porque después de poner todos los medios para conseguir su fin, en el momento supremo les flaqueó la voluntad distraída con fútiles pensamientos...!

José A. LUENGO.



EL CAPITOLIO DE WASHINGTON

La capital de la Federación de los Estados Unidos, ciudad edificada sobre un plano completamente regular, tiene en su centro el grandioso edificio del Capitolio, y de allí irradian las amplias calles que cortan parques y avenidas.

El Capitolio primitivo fué quemado por el general inglés Ross cuando la guerra anglo-americana de 1814 y después reconstruido con gran mag-

nificencia. Tiene 300 pies de altura su gran cúpula que remata la estatua de la Libertad. Un parque espléndido rodea el edificio. A cada lado se extiende un ala de mármol blanco de 142 pies de largo. Enfrente se eleva la estatua colosal de Washington, en cuyo pedestal está grabada esta inscripción: «El primero en la guerra, primero en la paz y primero en el corazón de sus compatriotas.»

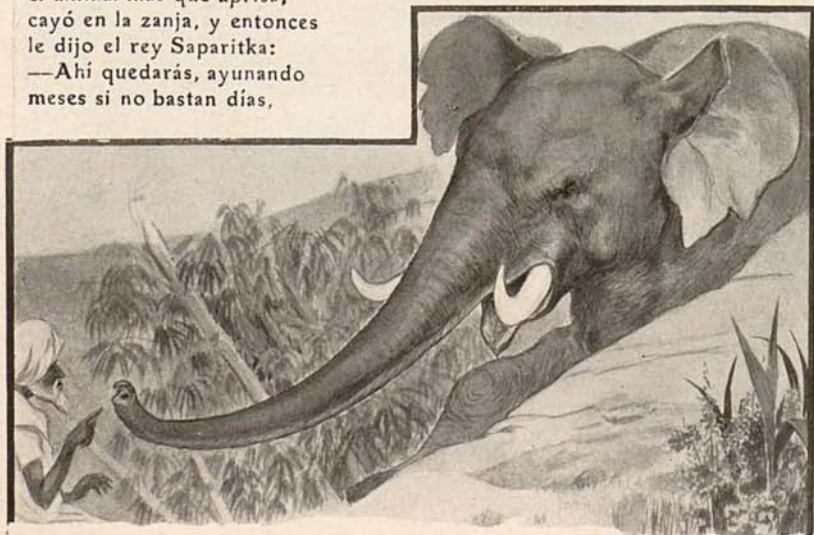
EL ELEFANTE Y LOS RATONES

FÁBULA INDIA

Pues señor... éste era un rey poderoso de la India, y un día, estando en su trono administrando justicia, se le presentaron muchos súbditos que le pedían pusiera urgente remedio á una tremenda desdicha. Un elefante muy grande, que los bosques recorría, tenía espantado al pueblo con sus fieras fechorías. Irritado el rey entonces, hizo llamar en seguida á todos sus capitanes con todas sus compañías, y les mandó que en el bosque escarbaran una sima muy profunda y la cubrieran con ramaje. Concluida que fué la zanja, formaron los soldados largas filas y recorrieron el bosque con antorchas encendidas, redoblando los tambores, chocando espadas y picas y completando el estruendo toda la trompetería. Huyendo de aquel estrépito el animal más que aprisa, cayó en la zanja, y entonces le dijo el rey Sapatitka: —Ahí quedarás, ayunando meses si no bastan días,

hasta que pierdas las fuerzas y como lebre! me sirvas. Quedó el elefante solo lamentando sus desdichas, cuando pasó un ermitaño que se apiadó de sus cuitas. —¿No tienes quien te socorra y construya una subida en rampa para que salgas? ¿Ningún amigo te auxilia? —Yo los tengo, no hice á nadie favores cuando podía! —Por fortuna te equivocas— exclamó la vocecilla de un ratón,—á los ratones salvaste una vez la vida cuando estábamos ahogándonos en las aguas de la ría y tú entraste y por tus patas escalamos la salida. Y acudieron los ratones á millares, y en tres días quedó expedita la rampa, y por la rampa expedita huir pudo el elefante, que de este modo decía: —¡Qué bueno es tener amigos y gentes agradecidas!

CH.





LAS BONDADES DE NINI

v

Uy, qué retebién! ¡Pero qué retebién iba quedando todo! ¡Qué agua tan sucia se puso! ¡Claro, unas cosas así y sin lavar nunca! ¡Les digo á ustedes que si yo no pensase en todo, *a, añadidos* estaríamos. Conforme iba lavando, pensaba yo que en cuanto mamá viniese de misa me buscaría por todas partes, diciendo:

—¡Nini! ¡Nini! ¿Dónde está mi niña?

Y como faltaría poco para la llegada de papá á comer, y de los abuelitos, que vienen todos los días á vernos á la hora del café, mamá esperaba á que entrasen todos, y diría:

—¿Sabéis que se ha perdido Nini?

Y contestarían todos:

—¡Vamos á buscarla!

Y correrían la casa entera, y al fin entrarían en el lavadero, y todo serían gritos y besos y alegrías.

Pasó mucho rato, y ya me iba yo cansando, cuando efectivamente se abrió la puerta y aparecieron todos, pero... ¡vaya una cara de susto papá y mamá al verme! En cambio los abuelitos ¡vaya un modo de reír!

Papá me rió muchísimo, y me dijo que le había estropeado el estuche que más útil le era y en más estima tenía. Mamá también se puso por las nubes al ver sus pieles llenas de agua y jabón, y lo mismo el tapete, el batín y la sillita dorada. ¡Mire usted que enfadarse porque se limpian las cosas!

¡Ay!, pero lo peor fué que mamá no se contentó con regañarme, sino que me dió unos azotes que aún me duelen, y no sé cuando hubiera dejado de darme azotes á no ser por los abuelitos, que dejaron de reírse y dijeron:

—¡Vaya! Hoy nos llevamos nosotros á Nini.

—Me resulta muy bien—dijo mamá—y me parece que no va á volver á casa. Estoy cansada de sus diabluras.

Yo me eché á llorar por la injusticia; ganas me dan de ser mala.

Por fin me llevaron los abuelitos con ellos; viven en una misma casa, sino que uno abajo y otro arriba.

¡Qué alegre me encuentro con mis abuelitos! Siempre se ríen de lo que hago y no me ríen nunca; así es que me encuentro muy á mis anchas en sus casas.

—¡Veréis, abuelines—les dije aquel día;—hoy voy á arreglaros yo la casa!

—¡Perfectamente!—contestaron.

—Me da gusto con vosotros porque no os enfadáis. ¡Cuidado que mamá tiene mal genio!

—Pues nosotros, no—dijeron.—Nos gusta muchísimo verte tan trabajadora, y nos divierte contemplar tus obras! ¡Hasta te compraremos dulces en pago á tus buenos servicios!

¡Ajajá! Eso sí que me gustaba. Me preparé en seguida para trabajar de firme, y no sabía donde acudir, si al abuelo de arriba ó al de abajo. ¡Señor! ¡Lo que hay que hacer en las casas! ¡Primero que yo viese las cosas en orden! Subi arriba. ¡Jesús, qué mal hecha estaba la cama! La arreglé un poquito; las almohadas me pareció que estaban muy bajas. ¡Si, sí!, y si al abuelo le daba la fatiga iba á pasar muchos apuros el pobre; por más que miraba yo no encontraba nada que poner; al cabo se me ocurrió mirar en la mesilla de noche... ¡al fin! *Aquel cacharro* no era muy preciso, porque hay *otros sitios* á propósito... En cambio... ¡cuánto alzaría las almohadas para que el abuelo no se fatigase... Lo puse así, muy bien puzrecito... Vea usted, pensé yo. En cambio puede hacerle mucha falta en la mesilla el tintero y la carpeta, porque muy bien se le puede ocurrir escribir una carta cuando esté en la cama... ¡Perfectamente...! ¡Qué otra cosa puede necesitar mientras esté acostado...? ¡Ah, sí!, papeles y libros para leer; pues en un momentito quedó arraglado, le llevé muchos papeles de su mesa y muchos libros del armario allí; así en montón no estaban mal... él escogería los que quisiera.

Como ya no vi por allí nada que hacer, antes de meterme en otras habitaciones, dije:

—¡Ea! ¡Este abuelito *ya está arreglado*, ahora vamos al otro!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GAELARDO.





SALIDA DE LOS PEREGRINOS

LA PEREGRINACION A LA MECA

Los peregrinos á la Meca no pueden llevar camisa ni calzones, sino que deben ir sencillamente envueltos en una túnica ó manto llamado abhiram, ó sea la túnica santa. Las mujeres deben ir cubiertas de un velo que les oculta la cara y el cuerpo. En los pies no deben llevar más que babuchas, sin medias. A los preceptos del traje siguen los del tocador, pues los peregrinos deben ir perfumados con almizcle, áloe y otras unciones olorosas.

En cada una de las paradas que hacen en su viaje deben hacer ablu-



UNA DE LAS PARADAS Ó ESTACIONES DE LOS PEREGRINOS



LA LLEGADA Á LA CIUDAD SANTA

ciones, lavándose la cabeza, las manos y los pies, y si pueden, bañarse, cortarse las barbas y las uñas. Fuera de estos sitios, no está permitido cortarse las uñas ni el pelo.

Al entrar en la Meca, después de recitar una porción de plegarias, se dirigen á la Kaaba ó Lugar Santo, y dejándose las babuchas á la puerta *Bab-assalama*, ó de la salvación, se dirigen á la *pedra*, que besan si pueden, pues suele ser tanta la aglomeración de gente, que sólo pueden algunos tocar la *pedra* con la mano y llevarse ésta á los labios. Siete vueltas y otros tantos besos á la *pedra*, con zalemas y contorsiones, completan la visita á la Kaaba.



EMBUDO DE PEREGRINOS

DIA DE CAZA



Las seis; voy á levantarme en seguida, y al campo, que el tiempo está hermoso, y yo con muchos ánimos.



Decididamente hoy tengo gana de moverme; así es que pieza que vea, pieza muerta, estoy seguro.



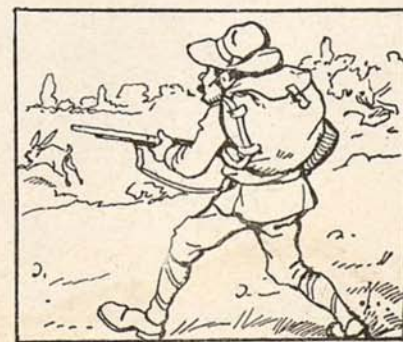
Como el día es largo y el campo despierta el apetito, hay que preparar una merienda nutritiva y abundante.



Ahora el morral á la espalda con las ricas provisiones, á empuñar la escopeta y ¡temblad, conejos!



¡Caramba, yo creo que he cargado el saco más de lo conveniente, pues acabo de salir y ya voy rendido!



¡Imposible apuntar con la carga que llevo á la espalda; cuando quiero prepararme ya está la pieza fuera de tiro!



No hay más remedio que descargar-me y descansar, porque con este peso tan grande atrás no hay quien cace,



¡Se me ha ocurrido una gran idea!
¡Me como la merienda, y sin ese en-
gorro puedo andar y matar conejos!



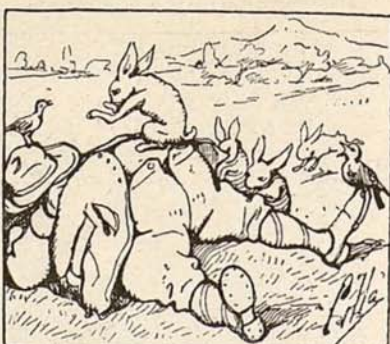
Qué apetito tan grande dan estos perfumados aires campesinos, y ¡qué rica está la merienda!



¡Cáscaras; pues ahora el morral no pesa, pero no he hecho más que cambiar de sitio la molestia!



Nada, que ni andar puedo, y estoy temiendo que voy á reventar; ¡de buena se están librando los conejos!



Mientras el cazador se queda dormido, los amenazados conejos se divierten á su costa.